

El Quijote y la traducción*

«En otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen»

Valentín García Yebra**

Resumen: Trata este artículo de varios aspectos de la traducción relacionados con el *Quijote*. Se refiere primero a sus muchas traducciones inglesas poco después de la publicación española. Fueron también ingleses los dos primeros comentarios, publicados en 1781 y 1798. La primera traducción francesa, sólo de la primera parte del *Quijote*, se publicó en 1614. La primera italiana, en 1622, y la primera alemana, sólo de veintidós capítulos, probablemente en 1621. Otro aspecto de la traducción en el *Quijote* es la consideración de esta obra como traducción ficticia. En el capítulo 9 de la primera parte afirma Cervantes que su obra es elaboración de la *Historia de don Quijote escrita por Cide Hamete Benengeli*. Se dice poco del traductor del árabe al castellano, a pesar de su diligencia en el trabajo y de los consejos que da al segundo autor en varias ocasiones. Pero en el *Quijote* no sólo se habla de la traducción ficticia, sino también de la verdadera. En el capítulo 6 de la primera parte se censura la del *Orlando furioso* y a todos los traductores de obras en verso. ¿Conocería Cervantes la opinión de san Jerónimo y de Dante sobre la imposibilidad de traducir bien obras originales versificadas? El pasaje del *Quijote* donde más se habla de la traducción es el capítulo 62 de la segunda parte, cuando don Quijote conversa con el traductor de *Le bagatele* y hace burlescos elogios de su trabajo, comparando los libros traducidos con tapices mirados por el revés. Finalmente se aduce el madrigalete que don Quijote quiere hacer pasar por suyo, aunque es traducción de un madrigal italiano.

Don Quixote and translation. «There are worse and more fruitless activities that man could engage in»

Abstract: This article deals with several aspects of translation as they pertain to *Don Quixote*, beginning with the novel's numerous translations into English shortly after its publication in Spanish. The first two commentaries on the novel, which were published in 1781 and 1798, were also in English. The first translation into French, covering only the first part of *Don Quixote*, was published in 1614; the first Italian translation, in 1622, and the first German translation, containing only twenty-two chapters, probably in 1621. Another aspect of translation in connection with *Don Quixote* has to do with the idea of the novel as a fictitious translation. In Chapter 9 of the first part of the book Cervantes explains that his work is based on *Tales of Don Quixote written by Cide Hamete Benengeli*. Little is said about the person responsible for translating it from Arabic into Spanish, despite his diligent work and the advice he repeatedly gives the novel's second author. But *Don Quixote* contains references not just to fictitious translation, but to real translation as well. In Chapter 6 of the first part of the novel, the translated version of *Orlando furioso* is severely criticized, along with all those who engage in translating rhymed works. ¿Was Cervantes familiar with Saint Jerome's and Dante's views on the impossibility of rendering good translations of works in verse? The passage in *Don Quixote* that dwells the most on the topic of translation is Chapter 62 in the second part, when Don Quixote chats with the translator of *Le bagatele* and mockingly praises his work by comparing his translations with the wrong side of a tapestry. Finally, there is reference to a madrigal that Don Quixote tries to pass as his own, when it was actually translated from an Italian madrigal.

Palabras clave: Cervantes, don Quijote, traducción, traductores. **Key words:** Cervantes, Don Quixote, translation, translators.
Panace@ 2005; 6 (21-22): 277-283

1. Las traducciones del Quijote

Las relaciones del *Quijote* con la traducción se presentan en varios planos. En primer lugar, podríamos hablar de las innumerables traducciones del *Quijote*. Según Vicente Gaos, autor de una monumental edición anotada y comentada de esta obra (Madrid, 1987), el *Quijote* es «el libro más impreso y traducido después de la Biblia».

Fue en Inglaterra, donde se inició la serie de las traducciones del *Quijote* con la de Thomas Shelton, que publicó la de la

primera parte en 1612, a los siete años de aparecer, en 1605, la primera edición española. La segunda parte se publicó en Madrid el año 1615, y su traducción por Shelton, en 1620. Ambas partes las tradujo Shelton sobre ediciones españolas hechas en Bruselas. Su traducción ha sido especialmente alabada por la viveza y vigor de su estilo.

No tardaron en aparecer nuevas traducciones en Inglaterra: la de Philips, la de Motteux (en colaboración con otros), titulada: *The History of the Renowned Don Quixote de la Mancha*

* En este artículo se retoman muchas de las ideas expuestas en la conferencia pronunciada por el autor en el Instituto de España en Londres el 23 de abril de 1991. El texto completo de esta conferencia puede leerse en: García Yebra V. *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994; 187-202.

** Real Academia Española, Madrid (España). Dirección para correspondencia: Real Academia Española, C/ Felipe IV, 4, E-28014 Madrid.

(4 vols., 1700-1703), reeditada por Lockhart en Edimburgo el año 1822, con el título ligeramente corregido: *The History of the Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha* (5 vols.), «with copious notes and an essay on the life and writings of Cervantes»; la de Jarvis (1742), la de Smollett (1755), la de Wilmot, la de Clark, la de Ormsby. E. Allison Peers, en un documentado artículo, «Cervantes en Inglaterra», aparecido en el volumen II del *Homenaje a Cervantes* que se publicó en Valencia en 1950, págs. 267-286, estudió las principales traducciones inglesas del *Quijote*.

En el muy grueso volumen de *Books in Print* editado por Sarah L. Prakken (Nueva York, 1961), se relacionan diez traducciones modernas del *Quijote* al inglés, entre ellas la de Walter Starkie, la de J. M. Cohen, la de Judge Parry y la de Samuel Putnam. Recientemente se ha sumado a la lista la celebrada traducción de Edith Grossman.

En el capítulo 3 de la segunda parte, dice Cervantes por boca de don Quijote que su historia «tendrá necesidad de comentario para entenderla».

No podemos seguir por este camino, que nos llevaría demasiado lejos, y con el riesgo de empolvarnos de una erudición impropia de un artículo como éste.

Fue también un inglés, John Bowle, el primer comentarista del *Quijote*. Notas al texto, las había ya en la traducción de Jarvis; pero el primer comentario escrito como tal fue el de Bowle. «No parece casual —manifiesta Gaos (I, pág. IX)— esta precedencia de Inglaterra en la lectura e intelección del *Quijote*. El comentario de Bowle, pastor protestante, data de 1781. Históricamente considerado, fue una empresa hazañosa, sobre todo para un precursor y un extranjero, aunque hoy tenga poco más que un valor arqueológico; todavía existen puntos del *Quijote* que Bowle se adelantó a ver y sobre los cuales los comentaristas posteriores no han podido sino ampliar detalles».

El comentario de Bowle se adelantó en diecisiete años al primer comentario español, que fue el de Pellicer (1798).

En Francia, la primera traducción fue la de César Oudin, que publicó la de la Primera Parte en 1614, dos años posterior a la de Shelton. Poco después tradujo Rosset la Segunda Parte. Ya en el siglo XVIII, destaca entre otras versiones francesas la de Florian, y en el XIX, las de Bouchon, Dubournial, Viardot, Furne, y algunas más.

En Italia, se publicó la de Franciosini en 1622, y posteriormente otras, entre las que sobresale la de Bartolomeo Gamba, que ha seguido reimprimiéndose aún en el siglo XX.

La primera traducción alemana, parcial, pues sólo incluía 22 capítulos, parece haberse publicado en 1621. La siguieron otras, desde mediados del siglo XVII, hechas a veces sobre traducciones francesas, lo cual se repitió durante gran parte del XVIII, hasta que, en 1775, apareció la que hizo directamente del español Bertuch, y en 1800, las de Tieck y Soltau, seguidas por otras en los siglos XIX y XX.

Sería tentador hablar del influjo ejercido por el *Quijote*. Este influjo se debió en parte a las traducciones mencionadas, pero también a lo que yo he llamado «traducción implícita», que consiste en leer un texto en su lengua original pasándolo al mismo tiempo, mentalmente, a la lengua propia.

Según J. Fitzmaurice-Kelly en su *Historia de la literatura española*, traducción de A. Bonilla y San Martín, se encuentran huellas del *Quijote* «en los dramas de George Wilkins, Middleton, Ben Jonson, Cyril Tourneur, Nathaniel Field y Fletcher». Y «si se acepta cierta tradición relativa a una pieza perdida, Shakespeare colaboró en un arreglo dramático de *Don Quijote*».

La crítica inglesa comienza en el siglo XVIII —Motteux, Addison, el doctor Jonson— a destacar los grandes valores del *Quijote*. Ya antes, en el XVII, se había hecho notar su influjo en la sátira religiosa de Samuel Butler *Hudibras*. *Hudibras* y su escudero Ralpho representan una parodia de los excesos puritanos que, evidentemente, es imitación de la obra de Cervantes. En el siglo XVIII se intensifica grandemente el influjo del *Quijote*. Contribuyó a ello de manera notable Laurence Sterne, cuya novela *Tristram Shandy* está impregnada de humor cervantino. También Smollett, traductor del *Quijote*, imitó su tema principal en *Sir Lanucelot Greaves*.

Pero quien más contribuyó a la difusión y aprecio del *Quijote* en Inglaterra fue, sin la menor duda, Henry Fielding, no sólo por los elogios que le tributó, sino también por el notorio influjo que el *Quijote* ejerció sobre sus obras. Su sátira de la novela sentimental de Richardson tiene mucho del tono satírico cervantino, y todos los críticos están de acuerdo en que sus más célebres novelas, *Joseph Andrews* y *Tom Jones*, bebieron en Cervantes su jocosa ironía. Así lo puso de relieve Alexander A. Parker en su artículo «Fielding and the structure of Don Quijote», publicado en el *Bulletin of Hispanic Studies* (vol. XXXIII, 1956).

Fitzmaurice-Kelly, en su obra citada, concluye el estudio de Cervantes con estas palabras: «Un autor que a la vez sea nacional y universal es lo más glorioso que puede ambicionar una literatura. Tal autor es Cervantes. A pesar de su copiosa producción, su inmensa fama procede de *Don Quijote*, obra maestra sin par» (pág. 290).

No podemos seguir por este camino, que nos llevaría demasiado lejos, y con el riesgo de empolvarnos de una erudición impropia de un artículo como éste.

2. El Quijote como traducción ficticia

Hay otro aspecto de la traducción en el *Quijote*, que, según creo, nunca ha sido estudiado a fondo, porque a nadie le ha parecido que pueda tomarse en serio. Me refiero al *Quijote* como traducción ficticia. Vale la pena detenerse aquí unos momentos.

En el capítulo 9 de la primera parte dice Cervantes que lo que está escribiendo no es obra original suya, sino elaboración de la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*. En la primera línea del capítulo 22 puntualiza que Cide Hamete era «autor árabe manchego». Y hace de él elogios a lo largo de toda la obra: al comienzo del capítulo 15, donde se cuenta la aventura de Rocinante con las hacas galicianas, le llama «sabio»: «Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli...»; en el capítulo siguiente nos dice que fue «historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas...», y en las últimas líneas del capítulo 22, lo proclama «sabio y atentado historiador». En el capítulo 2 de

la Segunda Parte, don Quijote supone que Cide Hamete Benengeli debe de ser algún sabio encantador. Y en el siguiente, el bachiller Sansón Carrasco elogia simultáneamente al historiador moro y a su seguidor cristiano, es decir, a Cervantes, varias veces mencionado en la obra como «segundo autor»: «Bien haya Cide Hamete Benengeli — dice dirigiéndose a don Quijote —, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebién haya el curioso que tuvo el cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes». Y poco más adelante, en el mismo capítulo: «el moro en su lengua, y el cristiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced [...]».

Al comienzo del capítulo 40 de esta Segunda Parte, se hace el más encendido elogio del historiador arábigo: «Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero [...]. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las táticas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh, autor celebrísimo!».

En el capítulo 44, Cide Hamete dice de sí mismo que tiene «habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo». Nuevamente, en el capítulo 47 de esta parte, se dice de él que suele contar con puntualidad y verdad las cosas desta historia, por mínimas que sean. Y en el 50 se le llama «puntualísimo escudriñador de los átomos desta historia»; en el 53, «filósofo mahomético»; en el 61, «flor de los historiadores», y en el 74 y último se le proclama «prudentísimo».

Sólo en dos ocasiones se le hace un ligero reproche: en el capítulo 60, no haber distinguido si unos árboles eran encinas o alcornoques, y en el 68, no aclarar si se trataba de un alcornoque o de una haya.

Y ¿qué se nos dice, a todo esto, del traductor de la obra, sin cuya intervención el segundo autor, es decir, Cervantes, no habría podido leer el relato de Cide Hamete, pues, según él mismo confiesa (capítulo noveno de la primera parte), no entendía los caracteres arábigos? Del pobre traductor ni siquiera se nos dice el nombre. Le perjudicó su excesiva modestia. El segundo autor se portó con él como con el muchacho que iba a vender a un sedero los cartapacios que contenían la historia de don Quijote. Al muchacho le compró «todos los papeles y cartapacios por medio real», y no tiene reparo en añadir: «que si él [el muchacho] tuviera discreción y supiera lo que yo les deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra».

Al traductor le pide que le vuelva en castellano todos los cartapacios que tratan de don Quijote, sin quitarles ni añadirles nada, y le ofrece la paga que quiera. Pero el traductor, que debía de ser tan frugal como el propio Caballero Andante, «contentose con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y rometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad», es decir, en poco tiempo. El segundo autor, «por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo», se lo llevó a su casa, «donde en poco más de mes y medio la tradujo toda».

El pobre traductor no supo hacerse valer. O quizá no pudo. Al parecer, por el Alcaná de Toledo, «calle —según Covarrubias— muy conocida, toda ella de tiendas de mercería», abundaban entonces los traductores del árabe, y aun del hebreo, tanto como hoy en Madrid o en Buenos Aires los de francés o de inglés, por lo cual el buen morisco aljamiado que sin la menor dificultad halló Cervantes no quiso poner muy alto el precio de su trabajo. Ni siquiera pidió que en la obra del segundo autor se hiciera constar su nombre. Y así desconocemos el de quien hizo posible la obra maestra que dio al segundo autor inmensa fama.

El olvido o poco aprecio del morisco se agrava porque Cervantes no sólo se sirve de él como traductor, sino que acepta su opinión al interpretar ciertos pasajes de la obra de Benengeli. Así, al comienzo del capítulo 27 de la segunda parte, leemos: «Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: ‘Juro como católico cristiano...’; a lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro [...], no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano, cuando jura, jura, o debe jurar, verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía, como si jurara como cristiano católico, en lo que quería decir de don Quijote [...]». Y ya antes, en el capítulo 5 de la misma parte, el segundo autor nos advierte: «el traductor desta historia dijo que tenía por apócrifo este capítulo», basándose en el modo de hablar en él Sancho.

En una ocasión, el traductor llega a persuadir al segundo autor de que acepte la supresión de un pasaje del original, a su entender prolijo y ajeno al interés de la historia. Es al principio del capítulo 18 de la segunda parte, cuando don Quijote se dispone a entrar en la casa de don Diego de Miranda. Tras una breve descripción de la parte exterior de la casa y los alitsonantes saludos cambiados entre sus dueños y don Quijote, se nos dice:

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia.

Podríamos espigar aún otras intervenciones personales del traductor aprovechadas por Cervantes. Podríamos también indagar los pasos de Cide Hamete Benengeli hasta juntar los datos que le permitieron escribir en arábigo la *Historia de don Quijote de la Mancha*; para lo cual tuvo sin duda que hacerse traducir muchos documentos manchegos. Y así se complicaría en este caso el proceso de la traducción casi tanto como en la incorporación del *Kalila wa-Dimna* a las literaturas occidentales. Esta obra se tradujo del sánscrito al pahlavi o persa medio, y de esta lengua al árabe, hacia el año 750. El original sánscrito y la traducción persa se perdieron. Pero la versión árabe, a juicio de los entendidos obra de arte en sí misma, se tradujo pronto a muchas lenguas europeas, en las que el *Calila* renació así en la traducción de una traducción de otra traducción. De creer lo que en el *Quijote* se finge, la obra cumbre de

la literatura española procedería de la traducción al castellano de la *Historia de don Quijote de la Mancha* por Cide Hamete Benengeli, historia que a su vez procedería de la traducción al árabe de fidedignos documentos manchegos. Pero ¡oh triste y culpable descuido!, en ambos casos los autores callaron el nombre de los traductores.

La obra de Cervantes se ha traducido a las principales lenguas del mundo. Y se conocen los nombres de casi todos los que la tradujeron. No pueden relacionarse aquí, por ser la lista demasiado larga.

3. La traducción verdadera en el *Quijote*

Veamos ahora algo de lo que en el *Quijote* se dice, no de la traducción ficticia, sino de la verdadera.

En el capítulo 6 de la primera parte, donde se cuenta «el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo», censura el cura la traducción del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, por el capitán Jerónimo de Urrea, «que le quitó mucho de su natural valor». Y se extiende este reproche a todas las traducciones de obras en verso: «y lo mismo harán —dice el cura— todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento»: es decir, en el original.

¿Conocería Cervantes, que sabía latín, aquel pasaje de san Jerónimo, patrono y maestro de los traductores, en la epístola que dirigió a su amigo Pamaquio sobre la mejor manera de traducir: *quodsi cui non videtur linguae gratiam interpretatione mutari, Homerum ad verbum exprimat in Latinum; plus aliquid dicam, eundem sua in lingua prosae verbis interpretetur: videbit ordinem ridiculum, et poetam eloquentissimum vix loquentem?* Por si algún lector de *Panace@* no conoce el latín tan bien como Cervantes, traduzco: «Si alguien piensa que no se altera en la traducción la gracia de la lengua, traduzca a Homero palabra por palabra al latín; más aún, póngalo en prosa en su misma lengua, y verá un estilo ridículo y al más elocuente de los poetas que apenas acertará a hablar».

O quizá, pues también sabía toscano, habría leído lo expresado por Dante en el *Convivio*, al desechar la idea de traducir sus propias canciones al latín, para darlas a conocer, fuera del ámbito románico, a «Tedeschi e Inghilesi e altri»: ... *sappia ciascuno che nulla cosa per legame musaico armonizzata si può de la sua loquela in altra transmutare sanza rompere tutta sua dolcezza e armonia*.

Si no conocía ninguno de los dos textos, su intuición genial lo llevó a coincidir con ambos autores.

Pero el pasaje del *Quijote* donde más se habla de la traducción está en el capítulo 62 de la segunda parte. Yendo el Ingenioso Hidalgo por una calle de Barcelona, vio escrito en letras grandes sobre una puerta: «AQUÍ SE IMPRIMEN LIBROS». Como no había visto nunca una imprenta, entró con todo su acompañamiento. Entre otras cosas, vio allí a un caballero «de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad», que había traducido del toscano un libro, *Le bagatele*. Don Quijote le preguntó cómo había puesto en castellano el título.

—*Le bagatele*, respondió el autor de la traducción, es como si en castellano dijésemos *los juguetes*.

—¿Y cómo traduce vuestra merced *piñata*?

—¿Cómo lo había de traducir —replicó el autor— sino diciendo *olla*?

—¡Cuerpo de tal! —dijo don Quijote—, y ¡qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piache*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice *más*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giù* con *abajo*.

Y sigue una retahíla de burlescos elogios, a los que pone fin una comparación ya hecha trece años antes de la publicación de la primera parte del *Quijote*, en la «Prefación al lector» del *Arte poética de Horatio traducida de latín en español*, por don Luis Zapata (Lisboa, 1592). Es la famosa comparación según la cual los libros traducidos son como tapices mirados por el revés.

Esta comparación la consideran algunos antiquísima. Procedería nada menos que de Temístocles, que vivió a fines del siglo VI y en la primera mitad del v a. de C. Pero, a decir verdad, la comparación que Plutarco pone en boca de Temístocles, en la primera conversación de éste con el rey de Persia, no se parece mucho a la de don Luis Zapata. Según Plutarco, Temístocles le dijo al rey que el lenguaje humano es como los tapices pintados, ya que, bien extendido, manifiesta con claridad las imágenes, mientras que, abreviado, las encubre y estropea; por lo cual le pedía un año entero para aprender bien el persa y poder explicarse claramente en esta lengua.

Lo que se compara aquí con los tapices no es la traducción, sino el lenguaje humano en general. Si Temístocles hubiera referido su comparación al arte de traducir, sería el primer teórico de la traducción, anterior casi en nueve siglos a san Jerónimo, que, a mi juicio, fue el primero que habló de cómo se debe traducir. Excluyo deliberadamente a Cicerón, que no habló de cómo se debe traducir, sino de cómo había puesto él en latín algunos textos griegos. Y con más razón excluyo a Horacio, a quien citan muchos como consejero de traductores, entendiendo mal un consejo que dio a poetas noveles.

Por lo demás, la comparación de Temístocles tampoco se refiere al envés de los tapices, que en los pintados no se vería, sino a las figuras que hay en el haz, las cuales desaparecen al enrollarse el tapiz. Lo que sí puede ser cierto es que la comparación de Temístocles, leída en Plutarco, inspirase a don Luis Zapata la comparación de la traducción con el revés de los tapices, suponiendo que fuese él el primero en hacerla.

A don Quijote le parece que «el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz». Rebaja en particular las traducciones hechas del italiano, al añadir: «el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel». Y agrava aún tan despectivo juicio con el sarcasmo: «y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas

peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen».

Pone dos excepciones: «Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original».

Los juicios aquí expresados, ¿son en realidad de Cervantes, o han de atribuirse únicamente a don Quijote, por cuya boca se manifiestan? Si fuesen sólo del Ingenioso Hidalgo, no tendrían más importancia que otras muchas fantasías o figuraciones por él imaginadas. Pero no puede descartarse que reflejen el pensamiento del propio Cervantes. Las traducciones del *Pastor Fido*, de Guarini, y del *Aminta*, de Tasso, eran recientes al escribir Cervantes este elogio. La del *Pastor Fido* se había publicado en Nápoles en 1602, pero el autor del *Quijote* la conoció probablemente en la edición valenciana de 1609. La traducción del *Aminta* por Jáuregui apareció en Roma el año 1607. Recuérdese que la primera parte del *Quijote* se publicó en 1605, y la segunda, en 1615.

Juan de Jáuregui parece haber sido amigo de Cervantes, que lo menciona en tres de sus obras: en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, en el *Viaje del Parnaso*, y en este pasaje del *Quijote*. Menéndez Pelayo, en su *Biblioteca de Traductores Españoles* (11, 257), dice que Jáuregui fue intérprete tan diestro que trasladó el *Aminta* «sin hacerle perder nada de su natural valor y hasta añadiendo, en opinión de algunos, nuevos quilates a su mérito».

Cristóbal de Figueroa no agradeció el elogio de don Quijote, ni el que se le tributa en el *Viaje del Parnaso*. Con su mordacidad habitual zahirió a Cervantes, ya muerto, en el «Alivio segundo» de *El pasajero* (1617). Refiriéndose a él, dice: «Y aunque muchos ignorantes menosprecien esta ocupación [la de traducir], es, con todo, digna de cualquier honra» (citado por Vicente Gaos, 11, 894, nota 342b).

Cristóbal de Figueroa no atribuyó a don Quijote, sino a Cervantes, el menosprecio de las traducciones del italiano. Y acaso estuviera en lo cierto. Lope de Vega, contemporáneo y nada amigo de Cervantes, escribió pocos años más tarde en *La Filomena* (1621), al dar «Respuesta al papel que le escribió un señor destes reinos»: «... y si no es violencia en mí, plegue a Dios que yo llegue a tanta desdicha por necesidad, que traduzca libros de italiano en castellano; que para mi consideración es más delito que pasar caballos a Francia». Y, años más tarde, Calderón, al elogiar una obra traducida del italiano, *El Manual de Grandes*, de Sebastián Querini, y a su traductor, Matheo de Prado, comienza así una décima bien intencionada: «Hacer una traducción / sólo de saber da indicio / una lengua...».

Yo, con el mayor respeto, creo que Cervantes, Lope y Calderón estaban en esto equivocados. Sin tiempo ya para fundamentar mi opinión, diré tan sólo que hacer bien una traducción da indicio de saber muy bien, además de otras cosas, no una, sino dos lenguas: la del original y, sobre todo, aquella hacia la que se traduce. Y que traducir del italiano al español no es tan fácil como muchos piensan. Añadiré que, hoy, es más fácil hallar en España buenos traductores del inglés o del alemán, y aun del latín o del griego, que buenos traductores del italiano.

Pero no empaña este levísimo reparo la gloria de Cervantes; como no merma un pequeño lunar, bien situado, la belleza de una mujer hermosa.

4. ¿Una traducción en verso, y del italiano, en el Quijote?

A pesar del poco aprecio de la traducción del italiano que don Quijote manifiesta en su conversación con el traductor de *Le bagatele*, también él incurrió alguna vez en lo mismo que censuraba.

Después de la cerdosa aventura en que más de seiscientos puercos atropellan a él y a Sancho, al rucio y a Rocinante, le propone Sancho aprovechar para dormir el resto de la noche.

Duerme tú, Sancho, que naciste para dormir, que yo, que nací para velar, el tiempo que falta de aquí al día, daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

Sancho, en efecto, se durmió enseguida, y don Quijote,

arrimado al tronco de una haya o de un alcornoque [...], al son de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

Amor cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso.
Mas en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída,
la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso déstos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón gemía traspasado con el dolor del sentimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Pero este madrigalete cantado por don Quijote no es obra original suya, sino traducción de un madrigal de Pietro Bembo, incluido, según Rodríguez Marín, en *Gli asolani* (folio 20 vuelto de la edición de 1515), exactamente un siglo antes de la aparición de la Segunda Parte del *Quijote*.^a He aquí el texto de Bembo:

Quand'io penso al martire,
amor, che tu mi dà gravoso e forte,
corro per gir a morte,
così sperando i miei danni finire.

Ma poi ch'io giungo al passo
ch'è porto in questo mar d'ogni tormento,
tanto piacer ne sento,
che l'alma si rinforza, ond'io nol passo.

Così il viver m'ancide,
così la morte mi ritorna in vita.

O miseria infinita,
che l'uno apporta e l'altra non recide!

Es indudable que el madrigalete cantado por don Quijote es traducción del madrigal de Bembo, y no tan feliz y fiel como algunos han pretendido. Después de analizar sus desviaciones, no parece difícil conseguir otra menos imperfecta. Un amigo mío, que no quiere ver su nombre en competencia con el del Caballero Andante, me autoriza a publicar, como de autor desconocido, esta suya:

Amor, cuando examino
el daño que me causas, grave y fuerte,
corro a buscar la muerte,
pensando así que mi dolor termino.

Mas cuando llego al paso
que es puerto en este mar, todo tormento,
tan grande placer siento,
que mi alma se recobra, y no lo paso.

Así el vivir me mata,
y la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh miseria infinida,
que el uno trae y la otra no arrebatá!

«Componer en la memoria un madrigalete» era hacer sin escribirlos (porque era de noche, y acaso también por no tener a mano recado para ello) sus versos, guardándolos en la memoria. El que así componía los versos era, claro está, su autor. Parece, por consiguiente, que don Quijote quiere hacerse pasar por autor del madrigalete.

Esto, en circunstancias normales, sería, indudablemente, mentir. Pero ¿se hallaba don Quijote en circunstancias normales? ¿No acababa de ser atropellado por una piara de más de seiscientos cerdos? ¿Y no se alejaba más de la verdad al convertir a una moza del Toboso en la sin par Dulcinea, los molinos en gigantes, y en ejércitos unos rebaños de ovejas, que al considerar obra suya un madrigal que sólo había traducido?

Que don Quijote haya traducido el madrigal de Bembo no puede extrañar a nadie. ¿No ha dicho en el capítulo LXII, hablando con el traductor de *Le bagatele*, que también él sabe algún tanto de toscano y se precia de cantar algunas estancias del Ariosto? Y el reproducirlo por la noche en la memoria puede hacer creer a don Quijote que el madrigalete es suyo, que él lo ha compuesto, que es su autor, aunque sólo sea su traductor.

Nota

^a Otras fuentes dan como fecha de primera publicación de *Gli asolani* el año 1505.

Para saber más: bibliografía selecta sobre el Quijote y la traducción

Allen, John J.: «Cide Hamete's English translators», *Hispanic Review*, 1967; 35: 366-367.

—: «Traduttori traditori: Don Quixote in English», *Crítica Hispánica* (Pittsburgh), 1979; 1: 1-13.

Amorós, Andrés: «Los poemas de "El Quijote"», *Resurgimiento* (Barcelona), 1979; (0): 53-61.

Bencheneb, Saadeddine; Marcilly, Charles: «Qui était Cide Hamete Benengeli?» En: *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*. I. París: IEH, 1966; 97-116.

Bernardi, Dante: «Lorenzo Franciosini, primer traductor del Quijote al italiano: los problemas filológicos de la primera parte y el "Caso Oudin"», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1993; 31: 151-181.

Colón, Germán: *Die ersten romanischen und germanischen Übersetzungen des Don Quijotes*. Bibliotheca Romanica. Berna: Francke, 1974; 123 págs.

Cordasco, Francesco: «Smollett and the translation of Don Quixote», *Modern Language Quarterly* (Durham), 1952; 13: 23-36.

Crooks, Esther J.: «Translations of Cervantes into French». En: Á. Flores y M. J. Bernardete (dirs.): *Cervantes across the centuries*. Nueva York: Gordian, 1969; 304-314.

Cunchillos, Jaime: «La primera traducción inglesa del Quijote de Thomas Shelton (1612-1620)», *Cuadernos de Investigación Filológica* (Logroño), 1983; 9 (1-2): 63-89.

Delhougne, Ursula: «Zur Komik des Don Quijote in einigen deutschen Übersetzungen». En: T. Unger y cols. (dir.): *Differente Lachkulturen? Fremde Komik und ihre Übersetzung*. Tübinga: Gunter Narr, 1995; 87-100.

Fernández Mosquera, Santiago: «Los autores ficticios del Quijote», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1986; 24: 47-65.

García Yebra, Valentín: «El madrigalete de don Quijote». En: *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994; 203-215.

Gerhard, Sandra Forbes: «Don Quixote and the Shelton translation: a stylistic analysis». Madrid: José Porrúa, 1982; 166 págs.

Giménez Caballero, Ernesto: *Don Quijote ante el mundo (y ante mí)*. San Juan de Puerto Rico: Inter American University, 1979; 281 págs.

Heine, Heinrich: «Forward to a German translation of the Quixote». En: Raymond E. Barbera (dir.): *Cervantes: a critical trajectory*. Boston: Mirage, 1971; 37-51.

Hitchcock, Richard: «John Stevens y las traducciones del Quijote». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.

Jackson, Robert M.: «A tradition of error: English translations of Don Quijote, II, 24», *Revista de Estudios Hispánicos* (Río Piedras, Puerto Rico), 1982; 9: 123-127.

López Barrera, Joaquín: «La primera traducción francesa del Quijote en el siglo XVII», *Segunda Enseñanza* (Madrid), 1922; 1: 198-201, 250-255, 295-303, 372-376, 419-428

Martí Alanis, Antonio: «La función epistemológica del traductor en El Quijote», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1985; 23: 31-46.

Maspoch Bueno, Santiago: «El traductor en el Quijote». En: Giuseppe Grilli, dir. *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Nápoles, 1995; 329-333.

McDermott, Annella: «Don Quixote in English: transatlantic contrasts». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.

Mele, Eugenio: «Il Cervantes traduttore d'un madrigale del Bembo e un'ottavo del Transillo», *Giornale Storico della Letteratura Italiana* (Turín), 1899; 34: 457-460.

Meltz, Christian F.: «An evaluation of the earliest German translation of

- “Don Quixote”: Juncker Harnisch auß Fleckenland». *University of California Publications in Modern Philology*, 1945; 27 (5): 301-342.
- Moner, Michel: «Cervantes y la traducción», *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), 1990; 38: 513-524.
- : «Cervantes en Francia: el ingenioso hidalgo y sus avatares ultramontanos», *Edad de Oro* (Madrid), 1996; 15: 75-86.
- Morreale, Margherita: «Una palestra ancora aperta: la traduzione italiana ed il commento del Don Quijote», *Belfagor: Rassegna de Varia Umanità* (Florenzia), 1976; 31: 675-685.
- Mosquera, Daniel O.: «Don Quijote and the “Quixotics” of translation», *Romance Languages Annual* (West Lafayette), 1994; 6: 546-550.
- Neumann, Max-Hellmut: «Cervantes in Deutschland», *Die Neueren Sprachen*, 1917; 25: 147-162, 193-213.
- : «Cervantes Werke in Frankreich (1582-1910)», *Revue Hispanique* (Burdeos), 1930; 78: 1-309.
- Oliveira Santos, Guilherme G. de: *Ao redor de duas edições do “Dom Quixote de la Mancha”*. Lisboa: Portugal, 1980; 121 págs.
- Oven, Juan Carlos: «Los refranes en el Quijote: estudio crítico de la traducción al esloveno», *Verba Hispanica* (Liubliana), 1991; 1: 57-67.
- Parr, James A.: «Don Quixote: translation and interpretation», *Philosophy and Literature*, 2000; 24: 387-405.
- Peers, E. Allison: «Cervantes en Inglaterra». En F. Sánchez: *Homenaje a Cervantes*. Tomo II. Valencia: Mediterráneo, 1950; 267-286.
- Peixote, Jorge: «Bibliografia das edições e traduções de Don Quixote publicadas em Portugal», *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, 1961; 2: 597-622.
- Piras, Pina Rosa: «Problemas de traducción del lexema “cautivo” en el Quijote», *La Torre* (Puerto Rico), 1991; 5 (19): 257-264.
- Pritchett, V. S.: «Quijote’s translators». En: *The working novelist*. Londres: Chatto & Windus, 1965; 165-171.
- Raffel, Burton: «Translating Cervantes: una vez más», *Cervantes*, 1993; 13: 5-30.
- : «Translating Cervantes». En: *The art of translating prose*. University Park: Pennsylvania University, 1994; 131-158.
- Pym, Anthony: «The translator as autor: two English *Quijotes*» [artículo en línea, 2004]. <www.fut.es/~apym/on-line/pymquixote.pdf>
- Rocco Linsalata, Carmine: «Tobias Smollett’s translation of Don Quixote», *Library Chronicle of the University of Texas*, 1948; 3 (2): 55-68.
- Rodríguez Chicharro, César: «Cide Hamete Benengeli», *Estudios Literarios* (Xalapa), 1963; 20: 11-91.
- Rodríguez Marín, Francisco: «El madrigaleta de don Quijote». En: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes Saavedra*. Nueva edición crítica, con el comento refundido y mejorado, y más de mil notas nuevas dispuestas por Francisco Rodríguez Marín, tomo X. Madrid, 1949; pág. 115.
- Rutherford, John: «Translating *Don Quixote*: the poetry». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.
- Sánchez Regueira, Isolina: «El hispanista francés César Oudin, primer traductor de El Quijote al francés», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1985; 23: 115-131.
- Schottländer, Christen: «El Quijote y sus traductores daneses». En: *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. III-2. Madrid: Castalia, 1992; 365-373.
- Schröder, E.: «Die erste deutsche Übersetzung des Don Quijote», *Forschungen und Fortschritte* (Berlín), 1934; 10: 167-168.
- Sieber, Harry: «Traducciones de Don Quijote» [exposición digital]. Baltimore: Johns Hopkins University, 1998. <http://quixote.mse.jhu.edu/Translation-es.html> [En inglés: «Don Quixote in translation». <http://quixote.mse.jhu.edu/Translation.html>.]
- Smitten, Theo: «Don Quixote (“der richtige” und “der falsche”) und sieben deutsche Leser: Rezeptionsästhetische leseaktorientierte vergleichende Analysen an spanischen Ur-Quixote Ausgaben von 1604/5 und 1615 und sechs deutschen Übersetzungen von 1648-1883». 2 vols. Berna: Peter Lang, 1986; 873 págs.
- Soons, C. Allan: «Cide Hamete Benengeli: his significance for “Don Quijote”», *The Modern Language Review*, 1959; 54: 351-357.
- Stackelberg, Jürgen von: «Sanchos Kalauer: Cervantes Don Quijote als komischer Roman und seine deutschen Übersetzer», *Romanische Forschungen* (Erlangen), 1995; 107 (1-2): 127-135.
- Stagg, Geoffrey: «El sabio Cide Hamete Benengeli», *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), 1956; 33: 218-225.
- Tamés García, Ignacio: *Los traductores del Quijote al inglés en el siglo xvii: Thomas Shelton y John Phillips (The history of the valerous and witty knight errant Don Quixote of Mancha contra The history of the most renowned Don Quixote of Mancha and his trusty squire Sancho Pancha)*. Madrid: Asociación Cultural Universitaria Eguilaz, 2005; 36 págs.
- Tiemann, Hermann: «Der deutsche Don Kichote von 1648 und der Übersetzer Aeschacius Major», *Zeitschrift für Deutsche Philologie* (Halle), 1933; 58 (3-4): 232-265.
- Trahan, Elizabeth W.: «The Arabic translator in Don Quixote: his master’s voice and victim.» En: Marilyn G. Rose (dir.): *Translation perspectives: selected papers, 1982-1983*. Binghamton: State University of New York, 1984; 71-85.
- Turkevich, Ludmilla B.: *Cervantes in Russia*. Princeton: Princeton University, 1950; 255 págs.
- : «N. Lyubimov’s translation from the Spanish (Don Quijote)», *Hispania* (Los Ángeles), 1956; 39: 383-385.
- Valero, María Alejandra: «El morisco aljamiado, traductor del Quijote: la imagen de la traducción y la labor de su artífice recreadas en la obra de Cervantes», *Núcleo* (Caracas), 2000; 1 (19): 129-147. [Versión electrónica en *Humánitas: Portal Temático en Humanidades* <www.revele.com.ve/programas/indice/ria.php?id=11738&rev=nucleo>.]

